



LA CAUSALIDAD DIABÓLICA

ENSAYO SOBRE
EL ORIGEN DE LAS
PERSECUCIONES

León Poliajkov

Ariel

HISTORIA

Índice

Portada

Citas

Introducción

1. Introducción general

2. Una historiografía nueva

3. La demonología milenarista. Judíos y jesuitas

4. La revolución inglesa: el tema de la conjuración romana.

La ética calvinista

5. La Revolución francesa: el tema de la conjura aristocrática y otros temas más

6. Filosofía alemana: la diabolética

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Hay demonios en todas partes; es probable que de modo general, la creencia en la acción de los demonios constituya el inicio de nuestro concepto de causalidad.

ALBERT EINSTEIN

A ojos de la conciencia oficial, hasta la responsabilidad de los cataclismos más elementales (terremotos, sequías, inundaciones) se basa en unas personas precisas. Sin embargo, los portadores de esta conciencia, los funcionarios, guardan para sí esta responsabilidad y por lo tanto procuran ocultar los cataclismos a la población. Se creen responsables incluso (o más exactamente temen que les acusen) de las consecuencias de la naturaleza social del hombre, y por eso intentan deformar esta naturaleza, cargando toda la culpa a espaldas de los vestigios del pasado, de las influencias perniciosas, de los antojos y así sucesivamente.

ALEJANDRO ZINOVIEV

No está muy claro el origen del Diablo, ni tampoco sabemos si algún día podremos sacárnoslo de encima.

LESZEK KOLAKOWSKI

INTRODUCCIÓN

Al elaborar mi historia del antisemitismo, tema que segrega orgánicamente varios interrogantes insólitos, tuve que comentar en última instancia «la visión policiaca de la historia» (*las plot theories* de los autores anglosajones: algo tiene que enseñarnos la lengua inglesa, cuando bajo el vocablo *plot* relaciona las *intrigas* y hasta los *proyectos* con los *complots*. Más aún, nos introduce en un notable consenso etimológico, puesto que en francés antiguo un «complot» no es más que una «reunión de personas»: mayor suggestividad encierra el equivalente ruso *zagovor*, literalmente «hablar detrás»: hablar a espaldas de alguien ya supone conspirar, en todas partes hay complot. Con ciertos matices de diferencia, hallamos el mismo fenómeno semántico en hebreo, en griego, ¡y en acadio!).^[1]

Como ya sabemos, de acuerdo con la «visión policiaca»,^[2] hay que imputar las desgracias de este mundo a una organización o entidad maléfica: por ejemplo, los judíos. He intentado establecer un nexo entre las explicaciones de esta índole y la fascinación que sobre la mente humana ejerce una causalidad elemental y exhaustiva, equivalente, me parece, desde el punto de vista psicológico, a una «causa primera». Una observación fortuita de Albert Einstein sobre la génesis del concepto de causalidad me inspiró la idea del presente ensayo sobre la «causalidad diabólica» en general: principalmente, llegué a preguntarme si acaso los fenó-

menos totalitarios del siglo xx no descansarían (entre otros factores) en una necesidad de sucedáneos que suplieran las causas primeras de antaño.

Por lo demás, de conformidad con las formas de interpretación que a mi juicio determinaron desde el principio mis estudios sobre el antisemitismo, quise ahondar primero el tema por medio de mi cultura analítica, procedimiento sin duda más lícito en esta materia que en cualquier otra, pese a que tampoco me hiciera muchas ilusiones sobre los resultados previsibles de una gestión cuyo valor, en resumen, dependerá de lo que valga el historiador. Al tratarse de causalidad, consulté asimismo las obras de Jean Piaget y de su escuela de psicología genética, que, como ya diré después, me parecen menos satisfactorias, por lo que atañe al fondo de los problemas, que el psicoanálisis. No obstante, los métodos y la terminología piagetianas me permiten delimitar el alcance que razonablemente pueda concederse a una hipótesis que amenaza con dar la impresión de proponer una nueva clave de la historia universal —pretensión cuya desmesura admitiría el remate de una pizca de ironía, al igual que el presente ensayo sobre, precisamente, las «claves demonológicas» de este orden—. En realidad, su mayor pretensión no pasa del intento de aclarar un cierto aspecto *cognoscitivo* de las conductas determinadas por la fascinación de la causalidad diabólica, *alias* causa primera, dejando al margen «su aspecto afectivo en su energética»; y como muy bien precisaba Jean Piaget, «estos dos aspectos son a la vez irreductibles, indisociables y complementarios». Tal sería el principio de una estrategia que primero adopté, según creo, con mayor o menor intuición: dado que el conocimiento histórico sólo posee una pureza intelectual cuando trata de una parte emergente, resultará entonces que perderemos de vista el fondo del problema, como siempre.

Queda por decir que la concordancia semántica entre lenguas muy alejadas entre sí a propósito de la «visión policiaca» no carece de significación. Nos recuerda que hay malos pensamientos adormilados en el corazón de cualquier individuo y que todos tenemos algo que esconder o que callar. Pensemos en un hecho trivial: casi siempre hablamos de un tercero ausente con palabras que serían distintas si se hallara presente, y esta cautela cotidiana puede servir de estímulo para una intriga. Tal es el efecto de un aprendizaje social que nos induce a contener los malos pensamientos y malas intenciones, e incluso a reprimirlas, sin que por ello evitemos ciertas proyecciones sobre otras personas, actitud que reviste igual gravedad. Si es cierto que toda locura, toda paranoia, incluye su migaja de «verdad psíquica», como pensaba Freud, podemos llegar a admitir que potencialmente todos nosotros somos unos perseguidores perseguidos. Tal vez ésta sea la manera adoptada por el «mal pensamiento» para animar cualquier intriga o cualquier conspiración, sin que importen los objetivos, la justificación o la ideología que la definen. En todo caso, sobreviene lo peor cuando esos adeptos de la «visión policiaca» consiguen el poder, por fuerza o por astucia. A este nivel, su interpretación del devenir humano, delirante por principio, acaba sirviendo de base a una ideología estatal y, desde luego, permite una mejor comprensión del curso de las cosas, salvo que los resultados históricos de la conspiración sean muy distintos de los proyectos de sus autores, tal como lo demuestran los regímenes totalitarios —¿socialistas?— de nuestro tiempo.[3]

Aun así, por lo que respecta a esta historia, me limito a aludirla de manera superficial, contentándome con examinar aquí la obsesión de los complots, en su calidad de «causas», con anterioridad al siglo xx. Por lo demás, ya desde antes de la Primera Guerra Mundial, el pensador francés

Lucien Lévy-Bruhl proponía una interpretación teórica de la causalidad diabólica o «primitiva», interpretación que hoy en día sólo se ha enriquecido de verdad (aparte de las fulgurantes observaciones de Karl Popper) con la obra de Leszek Kolakowski y de Alejandro Zinoviev, esos filósofos venidos del frío que, además de un pensamiento vigoroso, poseen una sólida experiencia de la «praxis» de los países presuntamente socialistas.

* * *

Al corregir las pruebas de este trabajo, cuya redacción terminé en 1979, creo advertir que si bien su patria introductiva y teórica cuenta con una argumentación bastante sólida, en cambio los capítulos propiamente históricos no son en muchos aspectos tan satisfactorios, y esto se explica, como muy bien puede comprender cualquier historiador de oficio, por la inmensidad del espacio que cubren. Espero que estas flaquezas se vean parcialmente compensadas en un próximo volumen, que tratará de los mecanismos de la causalidad diabólica en el siglo xx.

Octubre 1980

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN GENERAL

No estamos lejos de aquellos tiempos en que, a juicio de las poblaciones occidentales o «blancas», sin exclusión de la república de los sabios y filósofos, el género humano se dividía en *razas inferiores* y *razas superiores*. Como prueba, sería fácil citar a Karl Marx, o a Darwin, o a Freud, o a ilustres jefes de Estado, como Guillermo II o Theodore Roosevelt, o a escritores no menos ilustres. Entre las figuras universitarias más descollantes, no parece que a primera vista haya habido nadie que planteara esta distinción de forma tan radical como el filósofo francés Lucien Lévy-Bruhl, al establecer un contraste entre «mentalidad civilizada» y «mentalidad primitiva» y al calificar a esta última (siguiendo el consejo de su amigo Durkheim) de *prelógica*, por considerar que ignoraba las categorías de la lógica aristotélica. Además, ¿acaso no pensaban los primitivos que el mundo estaba regido por fuerzas invisibles, por potencias ocultas, y en consecuencia no despreciaban las causas reales de los fenómenos en provecho de las causas místicas, o *primeras*?

A partir de los años veinte, esta altivez del «hombre blanco» provocó la indignación de los antropólogos: hoy en día, Lévy-Bruhl, tildado sobre todo por C. Lévi-Strauss de «segregacionista», ha caído en un descrédito casi total. Aun así, Evans-Pritchard, sin duda la mente más sólida de la antropología anglosajona, dedicaba su primer trabajo teóri-

co a la exégesis y a la defensa de su obra, que tanto aprovechaban Carl Gustav Jung y Nicolás Bujarin; A. Einstein, con toda su preocupación por los inicios de la causalidad, creía haber dado con su explicación en *La mentalidad primitiva*, mientras que Jean Piaget aplicaba al pensamiento infantil la noción de prelógica.[4]

Homenajes procedentes de horizontes tan diversos por fuerza llaman la atención. Conviene saber además que, en las postrimerías de su vida, el propio Lévy-Bruhl renunció al aciago término de «prelógico». Más generalmente, sus concepciones evolucionaron bastante, entre 1909 y 1939. Podemos decir al respecto que Lévy-Bruhl siguió un itinerario metodológico opuesto al de Sigmund Freud; ya que en una segunda fase extendió a los «civilizados» la mentalidad mística, la causalidad extraespacial y extratemporal, etc., que en principio sólo concedía a los «primitivos». A finales de su vida, se convenció de que, en ciertas circunstancias, todos los hombres son capaces de hacer caso omiso de la regla de no contradicción y de rendir tributo al «principio de participación», según el cual un ser puede ser al mismo tiempo él mismo y otra cosa, tener el don de la ubicuidad, etc. Reconocemos aquí la lógica del inconsciente freudiano. En cuanto a la causalidad, veamos cómo se la explicaba Lévy-Bruhl en sus carnets de 1939: «corrijamos expresamente lo que me parecía exacto en 1909: no existe una mentalidad primitiva que se distinga de otra por *dos* caracteres que le son propios (mística y prelógica). Existe una mentalidad mística más marcada y más fácilmente observable en los "primitivos" que en nuestras sociedades, aunque presente en todo espíritu humano». A tal fin, daba como ejemplos el folklore europeo, «en donde se expresan de lleno las formas de pensar y de sentir de los primitivos», así como «las circunstancias excepcionales que permiten que, sin darse cuenta, el hombre recupere la actividad característica de los

primitivos». De tal modo, la mentalidad primitiva se convertía, con variabilidad de grado, en una mentalidad inherente a todo el género humano.

Lévy-Bruhl lo descubría así:

Mientras que para los fenómenos normales la mentalidad primitiva se comporta como si advirtiera que las cosas sólo suceden cuando existen sus antecedentes, aun suponiendo que no se formule esa ley de causalidad cuya aplicación constata y hasta da por cierta —en cambio, basta que se trate de algo inhabitual, anormal, de una anomalía, de un accidente, de una desgracia, para que de golpe se vuelva indiferente a esta ley, y el *nexo causal* ya sólo tenga una importancia secundaria, que la deja indiferente—. Toda su atención, casi siempre apasionada, se concentra en la causa real supuesta, que pertenece al mundo de las fuerzas sobrenaturales, y la cuestión del cómo parece perder todo interés. Ocurre que, en tales casos, no se trata de una causa segunda, causada a su vez por uno o varios antecedentes, y formando parte de una serie irreversible de eslabones sino de una causa primera, es decir que tiene por sí misma el poder de engendrar, de realizar su efecto.[5]

Si observamos con mayor atención, veremos que el interés de este análisis residía más en su precisión y en la relación establecida por Lévy-Bruhl con las categorías de la causalidad, que en su novedad. En efecto, ya se conocían muchos autores sensatos que, ni que fuera de paso, habían hecho una distinción entre la «causalidad cotidiana» y la «causalidad mística». Por ejemplo Paul Janet, filósofo que sin duda Lévy-Bruhl estudió y acaso conoció personalmente. Esta distinción aparece a propósito de las interpretaciones de la Revolución francesa hechas por los contemporáneos:

Cuando los acontecimientos... provocan, por su inesperada grandeza, el asombro, la admiración, el temor, sucede entonces que el pensador y el creyente difícilmente escapan a la tentación de ver en estas grandes crisis la presencia viva y la mano terrible de la Providencia.[6]

Por su parte, Lévy-Bruhl también tenía esbozada, ya desde 1910, una clasificación de los diversos géneros

adoptados por las «fuerzas sobrenaturales»:

Podemos ordenar someramente en tres categorías, que además suelen superponerse entre sí, las influencias invisibles que constantemente preocupan a la mentalidad primitiva: los espíritus de los muertos, los espíritus, en el sentido más amplio del término, que vibran en los objetos (de todo tipo, animados o inanimados) y finalmente los encantos y sortilegios procedentes de la acción de los brujos (...) la palabra «espíritu», aunque demasiado precisa, es la menos incómoda que poseemos para designar esas influencias y esas acciones que nunca dejan de ejercerse en torno a los primitivos.

Sin embargo, podríamos preferir la vieja palabra «demonios», que sugiere una cierta preponderancia, o una anterioridad genéticamente verosímil, de las influencias *maléficas* emanadas por un «espíritu».

La introducción a *La mentalidad primitiva*, obra más especialmente centrada en la causalidad, servirá para que Lévy-Bruhl ponga muy de relieve otro principio metodológico que valora su obra, a saber que el investigador debe hacer el esfuerzo de identificarse con los primitivos, en lugar de medirlos por un rasero occidental y juzgarlos según un calibre europeo. Su exégeta Evans-Pritchard le felicitaba al respecto por la novedad de una gestión que destacaba las diferencias y no las semejanzas. El maestro de Oxford también hacía constar que era víctima de un proceso de intenciones, puesto que a pesar de sus ambigüedades terminológicas, no tenía nada de «racista». Sin embargo, por lo que se refería a la «causalidad mística», le reprochaba una cierta falta de sutileza; mientras que en Lévy-Bruhl las «fuerzas ocultas» constituyen la única causa eficiente admitida por los primitivos, Evans-Pritchard hace valer que éstos admiten una especie de cooperación entre la sobrenaturaleza y la naturaleza: «Saben muy bien que el búfalo ha matado al hombre, pero piensan que no le hubiera matado si no le hubiesen echado un maleficio... Se preguntan por qué dos cadenas de acontecimientos independientes uno de otro han ido a coincidir para que un hombre determinado y un

búfalo determinado se encontraran en un punto concreto del tiempo y del espacio...».[7] No sé si la rectificación tiene un alcance universal, o si existen «sociedades sin escritura» más cercanas del esquema lévy-bruhliano, pero por lo que respecta a los antisemitas franceses de comienzos del siglo xx, el antropólogo inglés acierta plenamente: por ejemplo, para León Daudet, la inundación parisiense de 1910 se explicaba por las talas que habían realizado los especuladores y los corredores de fincas israelitas: por consiguiente, las dos cadenas de acontecimientos procedían, una del régimen de aguas, otra de los maleficios judíos.[8]

Evans-Pritchard también contaba, según afirman las entrevistas que sostuvo con Lévy-Bruhl, que éste no se sentía a gusto ante las prolongaciones implícitas de sus análisis: «Para él, cristianismo y judaísmo también eran supersticiones que comportaban una mentalidad prelógica y mística. Pero para no herir susceptibilidades, se guardó muy mucho de expresar esta opinión y excluyó la mística de nuestra propia cultura». Ya sabemos que Freud experimentaba el mismo apuro y que, por su parte, lo reconocía explícitamente (en *Totem y tabú*, a propósito del cristianismo, y en *Moisés y el monoteísmo*, a propósito del judaísmo). Un tercer autor perteneciente a la misma generación y a la misma minoría, el filósofo Léon Brunschvicg, manifestó una mayor audacia, en el clásico tratado que publicó en 1922 sobre la historia del concepto de causalidad. Al tratar de los primitivos, se apoyaba sobre todo en los trabajos de Lévy-Bruhl, para luego pasar a la «causa primera» de la enseñanza de la Iglesia, y escribir:

La mentalidad que observamos en la fase en que actualmente se hallan las sociedades no civilizadas se relaciona en la historia de la civilización con el pensamiento escolástico, que está totalmente saturado de formación lógica pero que, también él, subordina a la representación metafísica de la fuerza el nexo natural de los fenómenos en el espacio y en el tiempo. De este mo-

do, la mentalidad primitiva se caracterizaría como «precientífica» más que quizás como «prelógica».[9]

El paso de la era de la fe a la era de la ciencia suponía para Brunschvicg «el progreso de la conciencia en la filosofía occidental», título de su siguiente obra. Serán Galileo y sobre todo Descartes quienes determinen la fecha de nacimiento de la mentalidad científica: «la llegada del cartesianismo establecía una revolución en la historia de la humanidad». Ahora bien, cuando, hace más de medio siglo, Brunschvicg redactaba sus dos obras maestras, aún no se había producido la última revolución intelectual de esta historia. Werner Heisenberg todavía no había desarrollado hasta el fin de los cambios einsteinianos, ni abolido las últimas certezas, ni pulverizado una causalidad y un determinismo que el propio Einstein procuraba salvaguardar, a costa de una ascética heroica (donquijotesca y estéril, a ojos de la nueva generación de investigadores). Con la mecánica cuántica, la noción de sustancia provocaba el hundimiento de la causalidad, y esta revolución citada, esa «metafísica indeterminista», coincidía con la entrada de Europa en la era del absurdo y del terror totalitarios.[10]

Sin duda ésta es la coyuntura que el gran adversario filosófico de Heisenberg, el epistemólogo satírico Alejandro Zinoviev, para quien «ya llegó el futuro», nos describe de esta forma en sus *Hauteurs béantes*:

Mística (...) Es absurdo esperar algo del porvenir, pues no presenta perspectiva alguna. Si nuestros antepasados pudieran ver lo que hoy se da en llamar la realización de sus esperanzas, protestarían furiosos. Siguen sin realizarse esas esperanzas, como no sea bajo la forma de detalles secundarios de una marranada cualquiera, enorme. No hay más base para tales esperanzas que el pasado. Pues es indestructible. Si exististe en el pasado, existirás en el futuro. En cambio, no se puede decir lo mismo al revés. El futuro es un fiel reflejo del pasado. La vida se sitúa en el punto de colisión de ambos. Avanza a la vez por el pasado y por el futuro...

Principios de selección (...) Nos hemos acostumbrado a creer que todos los hombres son idénticos en el plano intelectual y psicológico y que el cerebro no evoluciona desde esta perspectiva. Pero ¿quién sabe cómo se diferen-

¿Quiénes son los hombres desde esta perspectiva? ¿Quién puede decir qué consecuencias en la evolución humana puede acarrear una selección sistemática de imbéciles, de mediocres, de lacayos, de chivatos, de cobardes, destinados a suministrar la capa más privilegiada de la sociedad? No será algo que suceda impunemente. De igual modo que los hombres se hallan brutalmente enfrentados al problema de la contaminación ambiental y del agotamiento de los recursos naturales, también se hallarán un día brutalmente enfrentados al del agotamiento de su potencial intelectual y psíquico, y esto a escala grandiosa. No habrá ninguna enseñanza que sepa contrarrestar este fenómeno. Si la humanidad se rehace, cosa poco probable, tal vez haga falta más de un siglo para restaurar el potencial intelectual de un grupo humano, muy restringido además, aislándolo y protegiéndolo artificialmente. La protección, sin embargo, no funcionará de cara a este grupo, serán los demás los que vivan preservados del grupo...[11]

El otro gran pensador de formación inicialmente staliniana, Leszek Kolakowski, también alude a esta idea de degeneración del espíritu humano, aunque expresándola con un lenguaje clásico, sin ribetes de humor negro. «No se pueden dar en absoluto por imposibles ciertas regresiones culturales decisivas —escribe—, pues tampoco existe ninguna ley natural que garantice el progreso ininterrumpido de la humanidad.» Y en otro texto, al tratar del «paraíso epistemológico inexistente»: «La enormidad de los esfuerzos desplegados en la historia de la cultura con objeto de encontrar ese paraíso puede compararse a la búsqueda del Graal. La cantidad de energía perdida en esta exploración y la extraordinaria obstinación que requiere su desarrollo, pese a que los hombres son conscientes de la esterilidad tecnológica de tales investigaciones, obligan en cualquier caso a reflexionar (...) semejante tentativa representa una tentación permanente de la filosofía, y aun suponiendo (suposición con grandes visos de fantasía) que se la pudiera explicar por un mero abuso de las palabras, certificaría no obstante una cierta degeneración intelectual de la especie humana».[12]

Pero volvamos a las opiniones centradas en el origen del concepto de causalidad, que siguen (digamos que por suerte) fuera del alcance de las especulaciones de los físi-